

MICROANTOLOGÍA

LEOPOLDO DE LUIS

UNA VENTANA

DEMENTES artesanos, albañiles
locos, enajenados constructores,
levantando una tapia, cientos, miles
de tapias entre sueños y rencores.

¿Quién dirige esta ciega arquitectura,
estas casas de sombra, esta muralla
de soledad, la torre de negrura
donde la vida el vuelo libre encalla?

¿Quién dibujó la araña de este plano
que repite paredes y paredes?
¿Quién alza estas ciudades, con qué mano
se tejen esta niebla y estas redes?

Alguien ha emborronado absurdamente
en los viejos diseños. Esta puerta
no dá a ninguna parte. Un muro enfrente
ahoga el sol de la ventana abierta.

Y cruzamos oscuras galerías
que nos devuelven a la misma estancia.
Habitaciones múltiples, vacías,
repitiendo su inútil resonancia.

Y queremos salir, pero buscamos
la puerta, recorremos la escalera
y no se acaban sus desnudos tramos,
ni nada abrimos, porque no hay afuera.

No hay afuera, no hay calle, no hay ciudades,
no hay mundo; hay esta solá inmensa casa,
estas eternas, solas vecindades
de corredor donde la vida pasa.

No hay más que estos enormes corredores
por los que nos cruzamos ciegamente
vecinos de una casa de rencores
con la pared de un odio sordo enfrente.

No hay más que estas paredes donde deja
sus amarillas manchas el olvido,
como la mano de una humedad vieja
en el yeso mortalmente mordido.

No hay más que ciegas puertas que abre el viento
descubriendo la sombra desdentada.
Los picaportes rompen su lamento
y giran las fallebas para nada.

Y lo sabemos. Pero nos decimos:
«En la otra habitación habrá salida».
De portazo en portazo repetimos
la esperanza fingida.

Porque vamos soñando abiertos muros,
grietas donde el sol se precipite;
inventando avenidas y paisajes futuros,
tierras feraces que la luz habite.

Y sentimos un fuego en nuestras manos,
la sangre en nuestras manos, de ansia hechas,
para cavar, oscuros artesanos,
en las paredes de la casa brechas.

Con las manos heridas, la ventana
soñamos construir, a la luz pura,
que nuestro hijo pueda abrir mañana
en esta ciega y hosca arquitectura.

CERAMICA ROMANA

La greda tomó forma en este vaso,
esta breve vasija en que aún se ampara
la cóncava caricia que dejara
la mano del alfar en su repaso.

Cuánta amorosa vida; cuánto ocaso
de vida, tan remota; se declara
en esta arcilla, cuánto esfuerzo para
venir hacia la muerte paso a paso.

Vuelven un poco a su vivir las cosas
que vuelven a la luz y por sus nombres
evocan una humana acción sencilla.

¿Para alguna mujer guardaste rosas?
¿Tu agua calmó la sed de algunos hombres?
Fuistes útil y eres bellas, oh dulce arcilla.

INÉDITO



Nació en Córdoba, el año 1918. De niño fué trasladado a Valladolid, donde residió varios años. Actualmente vive en Madrid. Cursó estudios de Bachillerato, Magisterio y Técnico Industrial.

Comenzó a publicar en 1945 en la revista «Garcilaso», con una extensa colaboración titulada «Sonetos de Ulises y Calipso», ambientados en el paisaje marroquí del Estrecho. Desde entonces frecuenta las revistas literarias españolas, colaborando también en algunas americanas.

Cultiva la crítica de poesía de manera asidua en las revistas «Ínsula» y «Poesía española».

Ha obtenido numerosos premios de poesía y periodismo, de entre los que destacan el «Premio Índice», de Madrid, y el «Premio Pedro Salinas», del Ateneo de México. Su libro inédito «El extraño», obtuvo un accésit en el «Premio Boscán 1953». Y con «El padre» el «Premio Escultor José María Palma».

Sus libros publicados hasta la fecha, son: «Alba del hijo» (Col. «Mensajes», Madrid, 1946); «Huésped de un tiempo sombrío» (Col. «Norte», San Sebastián, 1948); «Los imposibles pájaros» (Col. «Adonais», Madrid, 1949); «Los horizontes» (Col. «Planos de Poesía», Las Palmas, 1951); «Elegía en otoño» (Col. «Nebli», Madrid, 1952); «El árbol y otros poemas» (Col. «Tito Hombre», Santander, 1954); «El padre» (Col. «Mirto y Laurel», Melilla, 1954); «El extraño», 1955, y «Teatro Real», 1957.

Leopoldo de Luis es uno de los poetas más representativos de la poesía actual.